

Balzac
Esplendores
y miserias de
las cortesanas

Traducción y notas
de José Ramón Monreal

Alianza editorial

Título original: *Splendeurs et misères des courtisanes*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y notas: José Ramón Monreal, 2025
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-889-1
Depósito legal: M. 24.562-2024
Printed in Spain

A. S. A. el príncipe Alfonso Serafino de Porcia

Permitidme encabezar con vuestro nombre una obra esencialmente parisiense y meditada en vuestra casa estos últimos días. ¿No es acaso natural ofrecer las flores de retórica brotadas en vuestro jardín, regadas con las añoranzas que me han hecho conocer la nostalgia, y que habéis dulcificado cuando vagaba yo bajo los boschetti cuyos olmos me recordaban los Campos Elíseos? Quizá de este modo redima el crimen de haber soñado frente al Duomo, de haber aspirado a nuestras calles tan fangosas sobre las losas tan limpias y elegantes de Porta Renza. Cuando tenga algunos libros que publicar que puedan ser dedicados a unas milanesas, tendré la dicha de encontrar nombres ya queridos a vuestros antiguos cuentistas italianos entre los de personas que nos son queridas, y a cuyo recuerdo os ruego tengáis presente a

vuestro sinceramente afectísimo,

DE BALZAC

Julio de 1838

Primera parte

De cómo aman las mujeres
de vida alegre

UNA VISTA DEL BAILE DE LA ÓPERA

En 1824, en el último baile de la Ópera, varias máscaras se quedaron impresionadas ante la belleza de un joven que se paseaba por los pasillos y por el *foyer*, con la facha de quien busca a una mujer a la que circunstancias imprevistas han retenido en casa. El secreto de aquel modo de andar, ya indolente, ya apresurado, es conocido solamente por las mujeres de edad y algunos azotacalles eméritos. En este inmenso lugar de cita, el gentío observa poco a la muchedumbre, los intereses son apasionados y el Ocio mismo está preocupado. El joven dandy estaba tan absorto en su inquieta búsqueda que no se daba cuenta de su propio éxito: no se percataba de las exclamaciones burlescamente admirativas de ciertas máscaras, de la seriedad de los asombros, de las mordaces chanzas o de las más dulces palabras, no las oía ni las veía. Aunque por su belleza figuraba entre esos personajes excepcionales que acuden al baile de la Ópera para tener una aventura, y que la esperan como se esperaba un golpe de suerte en la Roulette cuando vivía Frascati¹, parecía

1. Bajo el Directorio, el napolitano Frascati abrió un café-heladería en la esquina de la rue de Richelieu con el bulevar: el local se transformó rápidamente en una casa de juego muy frecuentada.

burguesamente seguro de su velada; debía de ser el héroe de uno de esos misterios a tres personajes en que se compendia toda función de máscaras de la Ópera y tan sólo conocidos por quienes desempeñan en ella su papel; porque para las jóvenes que acuden sólo para poder decir: «He visto», para los provincianos, para los jóvenes sin experiencia y para los extranjeros, la Ópera debe de ser el palacio de la fatiga y del aburrimiento. Para ellos, esa multitud negra, lenta y apresurada, que va, viene, serpentea, da vueltas y más vueltas, sube y baja, y que no puede compararse más que a un hormiguero sobre un montón de madera, no es más comprensible que la Bolsa para un campesino de la Baja Bretaña que ignora la existencia del Gran Libro¹. Salvo raras excepciones, en París los hombres no se enmascaran: un hombre en dominó parece ridículo. En esto se revela el genio de la nación. Los que quieren mantener oculta su felicidad pueden ir al baile de la Ópera sin acudir a él, y las máscaras, absolutamente obligadas a entrar, salen enseguida. Y constituye un espectáculo divertidísimo ver cómo se aglomera en la puerta, a la apertura del baile, la marea de los que escapan de los apretujones con los que suben. Así pues, los hombres enmascarados son maridos celosos que vienen a espiar a sus mujeres, o bien maridos afortunados que no quieren ser espiados por ellas, dos situaciones que resultan igualmente dignas de mofa. Ahora bien, el joven, sin que él lo supiera, era seguido por una máscara asesina, gruesa y bajita, que rodaba sobre sí misma, como un tonel. Para cualquier asiduo de la Ópera, este dominó delataba a un administrador, un agente de cambio, un banquero, un notario o un burgués cualquiera, sospechoso de infidelidad. Efectivamente, en la más alta sociedad, nadie persigue testimonios humillantes. Varias máscaras habían señalado ya, entre risas, a este personaje monstruoso, otras le habían in-

1. La lista de los acreedores del Estado.

terpelado vehementemente, algunos jóvenes se habían burlado de él, su anchura de hombros y su complexión anunciaban un marcado desdén por esos dardos sin ningún alcance; iba donde le llevaba el joven, como va un jabalí perseguido que no se preocupa ni de las balas que silban en sus oídos ni de la jauría que ladra tras él. Aunque a primera vista el placer y la inquietud revistan el mismo aspecto, el ilustre traje negro veneciano, y todo se vea confundido en el baile de la Ópera, los diferentes círculos de que se compone la sociedad parisiense acaban por reencontrarse, se reconocen y se observan. Hay para unos pocos iniciados nociones tan precisas, que ese grimorio de intereses es legible como una novela que fuera divertida. Para los asiduos, ese hombre no podía, pues, estar empeñado en una aventura, ya que habría llevado infaliblemente algún signo convenido, rojo, blanco o verde, que indicase las alegrías largamente proyectadas. ¿Se trataba de una venganza? Al ver la máscara que seguía tan de cerca al hombre que corría a una cita galante, algunos ociosos volvían las miradas al bello rostro en el que el placer había puesto su aureola divina. El joven suscitaba interés: cuanto más se adentraba, mayor era la curiosidad. Por lo demás, todo en él hablaba de unas costumbres de vida elegante. Por una ley fatal de nuestra época, existe poca diferencia, física o moral, entre el más distinguido y mejor educado de los hijos de un duque y de un par y ese encantador muchacho que hacía poco se había visto oprimido entre las garras de hierro de la miseria en los bajos fondos de París. La belleza y la juventud podían enmascarar en él profundos abismos, como entre muchos otros jóvenes que quieren desempeñar un papel en París sin poseer el capital necesario a sus pretensiones y que cada día arriesgan el todo por el todo haciendo sacrificios al dios más cortejado en esta ciudad regia, el Azar. No obstante, su indumentaria y sus maneras eran irreprochables, y hollaba el parqué clásico del *foyer* con la desenvoltura de un asiduo de la Ópera. ¿Hay alguien que no

haya observado que allí, como en cualquier otra zona de París, hay un modo de ser que pone de manifiesto lo que uno es, lo que uno hace, de dónde viene y lo que quiere?

—¡Qué apuesto joven! Aquí se puede volver una para verlo —dijo una máscara, en quien los asiduos del baile reconocían a una mujer respetable.

—¿No lo recuerda usted? —le contestó el hombre que le daba el brazo—, la señora De Châtelet sin embargo se lo presentó...

—¡Cómo! ¿Es el hijo del boticario de quien ella se enamoró, que se hizo periodista, el amante de la señorita Coralie?

—Creía que había caído demasiado bajo para poder alguna vez resurgir, y no comprendo cómo puede reaparecer en la vida de mundo de París —dijo el conde Sixte du Châtelet.

—Tiene un aire principesco —dijo la máscara—, y seguramente no le viene de esa actriz con la que vivía; mi prima supo descubrirlo, pero no supo pulirlo; quisiera conocer a la amante de este Sargines¹; dígame algo de su vida que me permita ir a embromarle.

Esta pareja que, cuchicheando, seguía al joven fue entonces objeto de una cuidadosa observación por parte de la máscara cuadrada de hombros.

—Querido señor Chardon —dijo el prefecto de la Charente cogiendo al dandy por el brazo—, permítame que le presente a alguien que quiere reanudar la relación con usted...

—Querido conde Châtelet —respondió el joven—, esta persona me ha enseñado lo ridículo que es el nombre que me da usted. Una ordenanza real me ha restituido el de mis antepasados maternos, los Rubempré. Los periódicos han anunciado este hecho, pero concierne a un tan pobre personaje que no me sonrojo de recordarlo a mis amigos, a mis enemigos y a los indiferentes:

1. Alusión al personaje de la comedia popular de Monvel y Dalayrac: *Sargines, o el Alumno del amor*.

puede incluirse usted donde guste, pero estoy seguro de que no desaprobará una medida que me aconsejó su mujer cuando todavía era la señora de Bargeton. (Esta bonita indirecta, que hizo sonreír a la marquesa, provocó un nervioso estremecimiento en el prefecto de la Charente.) Dígale usted —añadió Lucien— que ahora llevo en mis armas de familia unos *gules, con un toro furioso de plata, en un prado de sinople*.

—Furioso de plata —repitió Du Châtelet.

—La señora marquesa le explicará, si no lo sabe usted ya, por qué razón este viejo escudo es algo mejor que la llave de chambelán y las abejas de oro del Imperio que figuran en el suyo, para desesperación de la señora de Châtelet, de soltera Nègrepelisse de Espard... —dijo vivamente Lucien.

—Puesto que me ha reconocido, no puedo ya embromarle, y no sabría decirle hasta qué punto es usted quien me embroma a mí —le dijo en voz baja la marquesa de Espard, asombrada por la impertinencia y el aplomo adquiridos por el hombre al que en otro tiempo había despreciado.

—Permítame, entonces, señora, permanecer en esta misteriosa penumbra para conservar la única oportunidad que me queda de ocupar sus pensamientos —dijo con la sonrisa de un hombre que no quiere comprometer una felicidad segura.

La marquesa no pudo reprimir un pequeño gesto seco al sentirse, según una expresión inglesa, *cortada* por la precisión de Lucien.

—Mi enhorabuena por su cambio de posición —dijo el conde de Châtelet a Lucien.

—Y yo la recibo como usted me la da —replicó Lucien saludando a la marquesa con una gracia infinita.

—¡El muy fatuo! —dijo en voz baja el conde a la señora de Espard—. Ha terminado por conquistar a sus antepasados.

—La fatuidad, en los jóvenes, cuando recae sobre nosotros, es casi siempre indicio de una felicidad puesta muy alto; mien-

tras que, en cambio, entre ustedes es signo de mala suerte. Por eso me gustaría saber quién, entre nuestras amigas, ha tomado bajo su protección a este guapo petimetre; acaso esta noche me podría divertir. El billete anónimo que he recibido es, sin duda, una maldad preparada por alguna rival, ya que en él se habla de este joven; su impertinencia debe de haberle sido sugerida: espíelo. Voy a tomar el brazo del duque de Navarreins, ya sabe dónde encontrarme.

En el momento en que la señora de Espard iba a abordar a su pariente, la máscara misteriosa se colocó entre ella y el duque para decirle al oído: «Lucien la ama a usted, es el autor del billete; el prefecto es su mayor enemigo, ¿acaso podía explicarse delante de él?».

El desconocido se alejó, dejando a la señora de Espard presa de una doble sorpresa. La marquesa no conocía a nadie en el mundo capaz de hacer ese papel, se temió una trampa, fue a sentarse y se escondió. El conde Sixte du Châtelet, a quien Lucien había quitado su ambicioso *du* con una afectación que revelaba una venganza largamente madurada, siguió a cierta distancia a ese magnífico dandy, y no tardó en encontrar a un joven con el que creyó poder hablar con el corazón en la mano.

—Entonces, Rastignac, ¿ha visto a Lucien? Ha cambiado de piel.

—Si yo fuera tan buen mozo como él, sería todavía más rico —respondió el joven elegante con un tono ligero, pero que expresaba una burla ática.

—No —le dijo al oído la gruesa máscara con centuplicada ironía por el modo en que acentuó el monosílabo.

Rastignac, que no era hombre que supiera encajar una ofensa, se quedó como fulminado y se dejó llevar hacia el vano de una ventana por una mano férrea de la que le fue imposible sacudirse.

—Gallito recién salido del gallinero de mamá Vauquer, al que le ha faltado el valor de apoderarse de los millones del vie-

jo Taillefer cuando lo más duro del trabajo estaba ya hecho¹, ha de saber, para su seguridad personal, que si no se comporta con Lucien como si se tratara de un queridísimo hermano, está usted en nuestras manos sin que nosotros estemos en las suyas. Así que silencio y abnegación; si no, intervendré yo en su juego para desbaratarlo. Lucien de Rubempré está protegido por el poder más grande de hoy, la Iglesia. Elija entre la vida o la muerte. ¿Cuál es su respuesta?

Rastignac se sintió presa del vértigo, como un hombre dormido en medio de un bosque que se despertara al lado de una leona famélica. Tuvo miedo, pero sin testigos: los hombres más valerosos se abandonan entonces al miedo.

—Sólo *él* puede saber... y puede atreverse... —se dijo como para sí mismo.

La máscara le apretó la mano para que no terminara la frase:

—Así que actúe como si fuera *él* —dijo.

OTRAS MÁSCARAS

Rastignac se comportó como un millonario asaltado por el camino real por un bandolero: capituló.

—Mi querido conde —dijo a Châtelet volviendo a su lado—, si tiene interés en conservar su posición, trate a Lucien de Rubempré como a alguien a quien algún día encontrará situado más alto de lo que está usted.

La máscara dejó escapar un ademán imperceptible de satisfacción y se puso de nuevo tras los pasos de Lucien.

—Querido amigo, ha cambiado usted muy rápido de opinión respecto a él —respondió el prefecto, justamente asombrado.

1. Véase *El tío Goriot*: Vautrin ha propuesto en vano a Rastignac hacerle casarse con la hija de un rico banquero, a cuyo hijo ha mandado asesinar por uno de sus hombres.

—Tan rápido como los que están con el centro y votan a la derecha —respondió Rastignac a ese prefecto-diputado que, desde hacía pocos días, negaba su voto al Gobierno.

—¿Acaso hay opiniones hoy en día? No, no hay más que intereses —replicó Des Lupeaulx, que los escuchaba—. ¿De qué se trata?

—Del señor de Rubempré, que Rastignac quiere hacerme creer que es un personaje —dijo el diputado al secretario general.

—Mi querido conde —le respondió Des Lupeaulx muy serio—, el señor de Rubempré es un joven de gran mérito y con tales apoyos que me consideraría dichoso si pudiera reanudar la relación con él.

—Ahí lo tiene dispuesto a caer en el avispero de los intrigantes de la época —dijo Rastignac.

Los tres interlocutores se volvieron hacia un rincón donde estaban reunidas algunas personas cultas, hombres más o menos célebres, y varios elegantes. Estos señores intercambiaban sus observaciones, agudezas y maledicencias, tratando de divertirse o de esperar alguna diversión. En este grupo tan heterogéneo se encontraban personas con las que Lucien había tenido relaciones en las que procederles ostensiblemente buenos se mezclaban con favores de refinada maldad.

—Pues bien, Lucien, muchacho mío, tesoro, te veo recompuerto y arreglado como nunca. ¿De dónde sales? Así que estamos de nuevo a caballo con la ayuda de los regalos provenientes de la alcoba de Florine. ¡Bravo, muchacho! —le dijo Blondet soltando el brazo de Finot y estrechando contra su pecho a Lucien tras cogerlo con familiaridad por la cintura.

Andoche Finot era propietario de una revista para la que Lucien había trabajado casi gratis, y que Blondet enriquecía con su colaboración, sus sabios consejos y la perspicacia de sus opiniones. Finot y Blondet personificaban a Bertrand y Ratón¹, con la

1. En la fábula *La mona y el gato* de La Fontaine (IX, 17).

salvedad de que el gato de La Fontaine acabó dándose cuenta de que era engañado, y que, aunque fuera consciente del engaño, Blondet seguía al servicio de Finot. Este brillante condotiero de la pluma había de seguir siendo, efectivamente, esclavo durante largo tiempo. Finot escondía una fuerza de voluntad brutal bajo una apariencia obtusa, bajo el manto engañoso de una necesidad impertinente, aderezada de ingenio como el pan de un albañil es frotado de ajo. Sabía almacenar lo que iba espigando, ya fueran ideas o escudos, en los campos de la vida disoluta que llevan literatos y políticos. Para su desgracia, Blondet había puesto su fuerza a sueldo de sus vicios y de su pereza. La necesidad siempre le sorprendía; formaba parte del pobre clan de esa gente eminente que puede hacer todo por la fortuna ajena y no puede nada por la suya propia, de los Aladinos que se dejan arrebatar su lámpara. Estos consejeros admirables demuestran perspicacia y agudeza de ingenio cuando no les acucia el interés personal. Lo que actúa en ellos no es el brazo, sino la cabeza. De ahí lo incoherente de sus costumbres y la reprobación de que son objeto por parte de los espíritus inferiores. Blondet compartía su bolsa con el compañero al que había ofendido la víspera; comía, bebía y compartía casa con el que iba a degollar al día siguiente. Sus divertidas paradojas lo justificaban todo. Considerando el mundo entero como una broma, no quería ser tomado en serio. Joven, querido, casi célebre, feliz, no se preocupaba, como Finot, de adquirir la fortuna necesaria al hombre de edad. Lucien necesitaba en aquel momento para cortar la palabra a Blondet, como acababa de hacer con la señora de Espard y de Châtelet, un tipo de valentía que quizá es la más difícil. Desgraciadamente, los placeres de la vanidad eran en él un estorbo para ejercer el orgullo, que ciertamente es el principio de muchas cosas grandes. Su vanidad había triunfado en el reencuentro anterior: se había mostrado rico, dichoso y desdeñoso con dos personas que le habían desdeñado en otro tiempo cuando era pobre y

miserable; pero ¿puede acaso un poeta, como un diplomático viejo en el oficio, enfrentarse abiertamente con dos pretendidos amigos que le han acogido en su miseria, en cuya casa había encontrado cobijo durante los días de desesperación? Finot, Blondet y él se habían envilecido de común acuerdo, se habían revolcado en orgías que se tragaban mucho más que el dinero de sus acreedores. Como esos soldados que no saben emplear su valor, Lucien hizo entonces lo que hace mucha gente de París: comprometió de nuevo su carácter aceptando estrechar la mano que le tendía Finot y no sustrayéndose a la zalamería de Blondet. Cualquiera que haya andado metido en el periodismo, o ande todavía, se halla en la cruel necesidad de saludar a los hombres que desprecia, de sonreír a su peor enemigo, de pactar con las más nauseabundas bajezas, de ensuciarse las manos pagando a sus agresores con su misma moneda. Uno se acostumbra a ver hacer el daño y a tolerarlo; se empieza aprobándolo y se termina cometiéndolo. A la larga, el alma, manchada sin cesar por vergonzosas y continuas transacciones, se debilita, el resorte de los nobles pensamientos se oxida, los goznes de la banalidad se desgastan y giran por sí solos. Los Alcestes se convierten en Filintos, los caracteres se enervan, los talentos se bastardean y desaparece la fe en las bellas obras. Aquel que quería enorgullecerse con sus páginas se desgasta en tristes artículos cuya indignidad, tarde o temprano, le señala su conciencia. Aquel que había venido, como Lousteau o como Vernou, para ser un gran escritor, se ve reducido a un impotente gacetillero. Por eso no se honrará nunca lo bastante a las personas cuyo carácter está a la altura de su talento, los D'Arthez¹ que saben caminar con seguridad entre los escollos de la vida literaria. Lucien no supo

1. En *Las ilusiones perdidas*, D'Arthez, el animador del Cenáculo, es la encarnación del pensamiento exigente, puro y desinteresado. Su ejemplo no logra retener a Lucien en la pendiente de la facilidad.

qué responder a las zalamerías de Blondet, cuyo talento ejercía sobre él, por otra parte, una seducción irresistible, que conservaba el ascendiente del corruptor sobre el discípulo y que, por lo demás, gozaba de una buena posición mundana gracias a sus relaciones con la condesa de Montcornet¹.

—¿Ha heredado usted de algún tío? —le dijo Finot con aire burlón.

—He explotado, como usted, a los tontos —le respondió Lucien en el mismo tono.

—¿Acaso tiene el caballero una revista o algún periódico? —repuso Andoche Finot con la impertinente suficiencia del explotador con el explotado.

—Tengo algo mejor —replicó Lucien, quien, al sentir herida su vanidad por la superioridad que afectaba al redactor jefe, recobró la conciencia de su nueva posición.

—¿Y qué tiene, querido amigo?...

—Tengo un partido.

—¿Existe el partido Lucien? —dijo Vernou sonriendo.

—Finot, ahí te ves, superado por este chaval; te lo vaticiné. Lucien tiene talento, y tú no lo has tratado con consideración, lo has martirizado. Arrepiéntete, so bruto —intervino Blondet.

Penetrante como el almizcle, Blondet intuyó más de un secreto en el acento, en el gesto y en el aire de Lucien; pese a un girle, con estas palabras supo dar un tirón de las riendas. Quería saber los motivos del regreso de Lucien a París, sus proyectos y sus medios de subsistencia.

—¡De rodillas ante una superioridad que tú no alcanzarás jamás, por muy Finot que seas! —prosiguió—. ¡Admite, y en el acto, al caballero entre los hombres fuertes a quienes pertenece el porvenir, es de los nuestros! Ingenioso y apuesto, ¿no

1. Con la que terminará por casarse tras la muerte de su marido. Véase *Los campesinos*.

debe tener éxito, con tus *quibuscumque viis*¹? ¡Ahí lo tenéis en su excelente armadura de Milán, con su poderosa daga a medio desenvainar y enarbolando su pendón! ¡Voto a Dios, Lucien!, ¿dónde has robado ese precioso chaleco? Sólo el amor sabe encontrar semejantes telas. ¿Tenemos un domicilio? En este momento necesito conocer las direcciones de mis amigos, no sé a dónde ir a dormir. Finot me ha echado de su casa por esta noche, con el vulgar pretexto de haber tenido una aventura galante...

—Amigo mío —respondió Lucien—, he puesto en práctica un axioma con el que se tiene la seguridad de vivir tranquilo: ¡*Fuge, late, tace*²! Os dejo.

—Pero yo no te dejo que te vayas sin que me pagues la deuda sagrada que tienes conmigo, esa cena, ¿eh? —dijo Blondet, al que le gustaba un poco demasiado comer bien y que cuando se encontraba sin blanca sabía cómo comer de gorra.

—¿Qué cena? —dijo Lucien dejando escapar un gesto de impaciencia.

—¿Ya no te acuerdas? Es en esto en lo que reconozco la prosperidad de un amigo: en que no tiene ya memoria.

—Sabe lo que nos debe, respondo de su corazón —prosiguió Finot siguiendo la broma de Blondet.

—Rastignac —dijo Blondet cogiendo al joven elegante por el brazo en el momento en que llegaba a lo alto del *foyer* y al lado de la columna donde estaban reunidos los supuestos amigos—, se trata de una cena: será usted uno de los nuestros... A menos que el caballero —añadió con seguridad, señalando a Lucien— siga negándose a satisfacer una deuda de honor; la cosa es posible.

—El señor de Rubempré es incapaz de hacerlo, os lo garantizo —dijo Rastignac, que pensaba en todo menos en una fullería.

1. Vías, cualesquiera que sean.

2. Huye, escóndete, cállate.

—Aquí tenemos a Bixiou —exclamó Blondet—, estará también, nos faltaría algo sin él. Sin él, el champán me empasta la lengua, y lo encuentro todo insípido, incluso el picante de los epigramas.

—Amigos míos —dijo Bixiou—, veo que estáis reunidos en torno a la maravilla del día. Nuestro querido Lucien repite las *Metamorfosis* de Ovidio. Así como los dioses se transformaban en singulares legumbres y en otras cosas para seducir a las mujeres, él ha convertido el Chardon¹ en caballero para seducir. ¿A quién? ¡A Carlos X! Mi pequeño Lucien —dijo cogiéndole por un botón de su chaqueta—, un periodista promovido a gran señor merece una encerrada. Yo en su lugar —dijo el despiadado satírico indicando a Finot y a Vernou—, te difamaría en su periódico; les reportaría un centenar de francos, con diez columnas de frases ingeniosas.

—Bixiou —dijo Blondet—, un anfitrión es sagrado, para nosotros, veinticuatro horas antes de la fiesta y doce horas después de ella: nuestro ilustre amigo nos invita a cenar.

—¡Cómo, cómo! —repuso Bixiou—; pero ¿hay algo más necesario que salvar un gran nombre del olvido, que dotar a la indigente aristocracia de un hombre de talento? Lucien, cuentas con la estima de la prensa, de la que eras el mejor florón, y nosotros te apoyaremos. ¡Finot, un suelto en las noticias de última hora! ¡Blondet, un rollo macabeo en la cuarta página de tu diario! ¡Anunciemos la aparición del libro más bello de la época, *El arquero de Carlos IX!* ¡Supliquemos a Dauriat que nos entregue pronto *Las margaritas*, esos divinos sonetos del Petrarca francés! ¡Pongamos a nuestro amigo por las nubes en papel de barba que hace y deshace toda reputación!

—Si querías que te pagase la cena —dijo Lucien a Blondet para deshacerse de esa grey que amenazaba con engrosarse—,

1. El apellido de Lucien significa «cardo».

me parece que no tenías necesidad de emplear la hipérbole y la parábola con un viejo amigo, como si se tratase de un memo. Hasta mañana, por la noche en el *Lointier* —dijo vivamente al ver venir a una mujer, hacia la cual se lanzó.

—¡Oh, oh, oh! —dijo Bixiou en tres tonos y con aire burlón, como si reconociera bajo la máscara a la persona hacia la cual se dirigía Lucien—. Esto merece una confirmación.

LA TORPILLE

Y siguió a la linda pareja, la adelantó, la examinó con una mirada perspicaz y regresó con gran satisfacción por parte de todos aquellos envidiosos interesados en saber de dónde provenía el cambio de fortuna de Lucien.

—Amigos míos, conocéis desde hace tiempo la actual conquista del señor de Rubempré —les dijo Bixiou—; es el ex *rat* de Des Lupeaulx.

Una de las perversiones ahora olvidadas, pero que eran habituales a principios de este siglo, era el lujo de los *rats*. *Rat*, término hoy ya anticuado, se aplicaba a una niña de diez a once años, comparsa en algún teatro, especialmente en la Ópera, a la que los disolutos formaban para el vicio y la infamia. Un *rat* era una especie de paje infernal, un chiquillo hembra al que se perdonaban las malas pasadas. El *rat* podía hacer lo que quisiera; había que desconfiar de él como de un animal peligroso, introducía en la vida un elemento de alegría, como antaño los Scapin, Sganarelle y los Frontin en la comedia antigua. Un *rat* costaba demasiado caro, porque no reportaba ni honor, ni provecho ni placer; la moda de los *rats* se extinguió tan por completo que hoy en día muy poca gente conocía este detalle íntimo de la vida elegante de antes de la Restauración, hasta que algunos escritores hicieron suyo el tema del *rat* como si se tratara de una novedad.

—Pero ¿cómo, Lucien, después de haber tenido a Coralie muerta ante él, nos arrebató a la Torpille? —dijo Blondet.

Al oír este nombre, la máscara de formas atléticas dejó escapar un sobresalto que, aunque controlado, fue sorprendido por Rastignac.

—¡No es posible! —respondió Finot—, la Torpille no tiene un céntimo que dar, ha pedido prestados, me ha dicho Nathan, mil francos a Florine.

—¡Oh, señores, señores!... —dijo Rastignac tratando de defender a Lucien frente a tan odiosas acusaciones¹.

—Así que —exclamó Vernou—, ¿tan mojigato es el exman-tenido de Coralie?

—¡Oh!, estos mil francos —dijo Bixiou— me demuestran que nuestro amigo Lucien vive con la Torpille.

—¡Qué pérdida irreparable para la crema de la literatura, de la ciencia, del arte y de la política! —dijo Blondet—. La Torpille es la única mujer de vida alegre que tiene madera de bella cortesana; no está estropeada por la instrucción, no sabe leer ni escribir: nos habría comprendido. Con ella habríamos proporcionado a nuestra época una de esas magníficas figuras aspasia-nas sin las cuales un siglo no se convierte nunca en un gran siglo. ¡Ved cómo la Du Barry va bien con el siglo dieciocho, Ninon de Lenclos con el diecisiete, Marion de Lorme con el dieciséis, Imperia con el quince y Flora con la república romana a la que nombró su heredera y que con esa herencia pudo pagar la deuda pública! ¿Qué serían Horacio sin Lidia, Tíbulo sin Delia, Catulo sin Lesbia, Propercio sin Cintia y Demetrio sin Lamia, que hoy constituye su gloria?

—Blondet, hablando de Demetrio en el *foyer* de la Ópera, me parece un poco demasiado de los *Débats* —dijo Bixiou al oído de su vecino.

1. Rastignac había aceptado dinero de Dauphine de Nucingen.